

LA ACERA DEL LOUVRE X

Por Don Gual

Inf. abril 6/947.

JAMAS soñó don Joaquín Payret, que cuando comprara el viejo Café Escauriza en 1868 (Año de Yara), rebautizándolo con el muy galó apelativo de "Le Louvre", fundaba una institución, "La Acera del Louvre", que pasaría a la historia, por sus galanterías y sus bromas. En esa esquina de Prado y San Rafael surgió el Louvre, después de que don Juan Escauriza y Lastra, hiciera histórico su cafetín con la Batalla de Ponche de Leche que todos los habaneros conocen.

Ya la Acera, que comenzaba en San Rafael se extendía hasta otro santo: San Miguel, incluyendo el Louvre, los hoteles Estados Unidos, Inglaterra y el Telégrafo, Los Helados de Paris, y todo lo que vino después como "La Vizcaina", "El Delmónico" y el "Cosmopolita" (hoy trasladado a Prado y Genios y medio bautizado El Patio) y otros establecimientos que mencionaré luego. De la ancha acera que se enfrentaba con la ya desaparecida Plaza de Isabel II, quedan los amplios soportales donde todavía se reunen en el portal (zaguán) del viejo Inglaterra algunos "muchachos" como Arturo Lavín, Susini de Armas, los Villaverde y muy pocos más. Supervivientes como Tito Ruenes, Eddy Machado, Emilio Bolívar, Paquito Pérez, Silvio de Cárdenas y Cecilio Acosta, ya no aparecen por allí. Unos por su delicado estado de salud y otros porque se han vuelto "pantuflares"...

Yo no soy tan viejo para decir que conocí todo lo que hubo en esa vecindad, antes de mi "entrada" en la Acera, allá por el 1908, el año de la "Nautilus". Conservo entre mis papeles, grabados antiguos de la famosa esquina, todos con el flamante Teatro Tacón (que nunca fué bello en su exterior), pero con variaciones notables en cuanto a la otra esquina, cuna de El Louvre. Tengo estampas con un solar yermo, luego con una miserable casita sin áticos, más tarde el edificio de dos pisos, con y sin cuartos de azotea con el letrero del primitivo Louvre, la estructura de tres pisos del entonces nuevo hotel Inglaterra de Villamil y los cuatro pisos del actual hospedaje, que nos legó don Felipe González, dueño del negocio, ya que la finca era y es de los Marqueses de Perinat, familia hispanocubana, que reside en la ex metrópoli.

Como bien dice Luis Bay, en sus interesantísimas crónicas sobre la "Acera", ésta tuvo dos periodos. La del 1868 al 1895, y luego la de 1895 al 1915, fecha en que por justificadas razones,

impuesta por la evolución de la ciudad dejó de ser el "rendez-vous" de la alegre juventud de nuestros padres y abuelos.

Don Pancho Marty, al fabricar su gran coliseo (entonces cuarto en categoría en el mundo) le dió a esa humilde esquina de extramuros el prestigio que gozó por tantos años. En el lugar en que hoy se levanta el palacio de los gallegos se hallaba el "Correccional de Esclavos" que sugiere algo tétrico. El 15 de abril de 1838, pudo el bisabuelo de los Baguer (Miguelito y Francois, periodistas queridos de hoy) inaugurar con gran pompa su teatro, que bautizó con el nombre de Tacón por el capitán general que cesaba precisamente ese día. La obra de inauguración fué una comedia en cinco actos titulada "Don Juan de Austria" y la función principió a las siete y media de la tarde o de la noche (según la luz).

Los soportales del feo teatro, formaron parte del Café Brunet, en los bajos, de lo que se consagró como Acera del Louvre. En ese café se reunían varios inolvidables amigos como Alfonso Martínez Fabián, los Cadaval, Guillermo Guim y Gustavo Robreño, cuando yo regresé a La Habana, después de muchos años de ausencia.

En el resto de la cuadra entre San Rafael y San José (y ¡vaya con los santos!), don Pancho fabricó varias casas, que luego ocuparon los Bomberos del Comercio, el Café de los Voluntarios, y en 1908 yo visité una agencia de publicaciones y una de Real Estate, las dos de norteamericanos.

Es interesante anotar que cuando Escauriza abrió su renombrado café ya se pagó ese local a 25 pesos la vara cuadrada. Y en esa esquina se "celebró" la famosa "Batalla de Ponche de Leche", provocada por la juventud que concurre a los bailes del Rey Momo que se celebraban allí y en el Gimnasio y Sala de Armas de Domingo del Monte en Consulado y Virtudes.

El 20 de febrero de 1844 (Domingo de Carnaval) fué la fecha. Por un Bando del Capitán General había que desalojar esos lugares a las 11 p. m., para no perjudicar los bailes del influyente don Pancho en su teatro. Y ¡allí fué Troya! La "muchachada" que estaba en el Escauriza se rebeló, obligando a las autoridades a "dejar la cosa para otro día". Pero al enterarse el aprovechado Capitán General, don Leopoldo O'Donnell de la insurrección de los "criollos" se apareció el martes siguiente, en persona, y acabó con



2

la "rebelión" y arrestó a cinco jóvenes, pero se llevó un baño de ponche caliente, sobre sus múltiples condecoraciones que no eran inferiores ni en número ni en colorido a las que hoy ostenta nuestro mayor general Genovevo Pérez Dámera, M.M., M.N., etcétera, etcétera.

INCIDENTES

Tres de los cinco acusados (Consuegra, Charrum y Torres) fueron reclusos en el Castillo del Príncipe y deportados a la Madre Patria (entonces la gran madrastra) en la hedionda fragata Carmen. Otros establecimientos que existían en la Acera antes de la era de los soportales eran además de la Casa de Tscauriza, el Hotel Legrand, el de Bernardo Douce, el almacén de Echeverría, y la carpintería de Narciso Pochos. Allí estuvieron también los Billares de Nadal, la chocolatería "La Bayamesa" y en frente la bodega de Alonso, sobre la calle de Neptuno.

Se dice que el primer incidente político fué el ocasionado por la rechifla que unos catalanes mal aconsejados, dedicaron a unos artistas cubanos que tomaban parte, entre ellos Adela Robreño, en una función a beneficio de los familiares del malogrado doctor Ramón Zambrana. Parece que los catalanes estaban resentidos por la "pateadura" que días antes habían dado a un paisano llamado José Boy, que de "allá voy", trató de cantar un Hernani con la misma suerte que Ganna Walska, algunos años después en Fedora, en el mismo teatro. Fueron acusados, por los catalanistas, como "locos del Louvre" mi amigo Miguel Andux y otros muchachos como los Montalvo (Juan y Luis), Angel Girado, Manolo Suárez y Nicolás Sarachaga.

Años después empezaron a cubrirse las anchas aceras por los soportales, terminándose éstos en época del General José Miguel Gómez, cuando Doña Pilar Somohano, del Toro, esa gran mujer que todos los "supervivientes" ven con afecto y agradecimiento, amplió su hotel, hasta la misma esquina de San Miguel.

Yo no tuve el privilegio que tuvieron mis compañeros mayorcitos de edad, que alcanzaron aquella Acera del Louvre, de los duelos de Varona Murias, los desafíos de Carlos Mendieta, y las visitas frecuentes del egregio mulato, el Lugarteniente Antonio Maceo. La Acera que empezamos a frecuentar en 1908 era ya una acera más

apacible. Habían desaparecido los motivos de conspiración contra España y los duelos se habían reducido a su mínima expresión. Yo, mayorcito de veinte con el pretexto de lustrarme los zapatos, iba a prima noche con un grupo de veteranos que me decían cosas maravillosas de la gran epopeya. Entre ellos recuerdo a Pepe Estrampes, Armando André, Alfredo Arango, Eddy Machado, Ramiro Mazorra, Ramón Hernández, Gustavo y Pablo Menocal (a este último le decían el Bizco de los Escolapios, famoso por sus travesuras en el colegio de Guanabacoa), Pompeyo Viada, Gabrielito y Alberto de Cárdenas, Armando Riva, Pablo Villegas, José Antonio Lasa, Colás de Cárdenas, Mario García Vélez, Pepe de Cárdenas, Rafael Peña, Mendizábal, los hermanos Lores, Carlito Maciá, Carlos Martín Poey, Miguel Varona, Emilio Bacardí II, los Mendieta, Enrique Recio, Calixto Enamorado, y otros a quienes envidiaba desde el fondo de mi corazón mambi.

Trataré de recordar nombres de los que conocí y mucho traté en la Acera desde 1908 a 1915. No puedo olvidar a aquel simpático Pepe Ebra con sus corbaticas de lazo de blanco piqué, a Tony Bollag con su solapa florida y sus pulquérrimos "spots", a Pablo Mazorra con sus simpáticos cuentos de Mari Castaña, a Ramiro Mazorra, que ya cantaba "bajito"; a Pepe Estrampes, que seguía chapurreando el español, al atildado Don Miguel Andux, con sus ojos "claros serenos"; al coronel Viada, con su barbilla cervantesca; a Don Eduardo de Cárdenas (quien con Don Pedro Huici y Don Leonardo Chia hacían la tertulia en el Parque frente a la marquesita del Inglaterra).

No olvido las negras barbas de Juan Cros, las negras gafas del caballero Capitán la Regueira, los cuentos asturianos de Eugenio Santacruz, las salidas de Martínez Fabián, que siempre terminaba sus cuentos diciendo: —;El delirio, chico!; William Merry, tan mesurado y británico; el doctor Cirilo Clarim; Ramón Pío Ajuria (entonces jugador de polo con Currito Farrés y los Franca); las andaluzadas madrileñas de Pe-layo Argiuelles, la bomhomia del cardenense Agustincito Mederos; las locuras de Paquito Guzmán; los chismecitos del bizco Guillé, el gordinflón simpático del magis-

4

("Mucho Bernny Latour"); Eddie Abreu, que se ha dejado últimamente el bigote para lucir más bonito; Peter Morales, el Capitán del Cunagua y hoy Marqués de la Real Proclamación; el Capitán Demi Castillo Pokorny, un cubano de West Point; el pobre Solanito Ramos, muerto en plena juventud...

Y para cerrar dedicaré unas líneas a Ricardo Lancis II; a Lorencito Betancourt; a Juanillo Ariosa, (este último el autor del famoso helado conocido por Juanillete e hijo del Juez Ariosa); Antonio Montoto; Oscar Mestre; Pepe Vila; Gerardo y Matías Andreu y otros ya idos para siempre.

De mi barbería, la del antiguo Inglaterra, guardo imborrables recuerdos. Del dueño, Donato Cubas, de mi figaro Guillermo Manrique (El Criollo) y de su ad-latre Valentín, con quien todavía me topo en la calle. De los clientes de Donato, recuerdo mucho al General Méndez Capote, quien se afeitaba o pelaba, comiendo "mani" de un cartuchito que siempre llevaba en el bolsillo. En aquellos días, primeros años de la República, había mucha gente conocida de la Acera en el ejército, la marina y la policía. Yo recuerdo a los generales Pablo Mendieta, Caballero (este murió hace días), los brigadieres "Manengue" Guerrero (hoy viviendo en Nueva York), Francisco de Paula Valiente, los coroneles Martí y Consuegra, el Comandante Carlitos Maciá, lo más popular de los soportales louvreños, y otros oficiales como Eduardo Lores, Julio Morales Broderman, Gaspar Betancourt, Pepe Coto Leiseca, Amiel, los Algarrá (Mariano, ya muerto, e Ignacio, hoy Cónsul en los Estados Uni-

dos), Pepe de Cárdenas (retirado en su Santiago); Jacinto Llaca, Osvaldo Miranda, Angelito Castro, Octavio Cruz, Justo Campiña, ya fallecidos los tres; Salvat, Pepito Izquierdo, Julio Marcos, González del Real, Fernández Quevedo, Juan Dieppa, Federico Morales, Julio de Cárdenas, Manolo Espinosa, Armenteros, Rafael Alfonso Morales (hoy Cónsul de Costa Rica en Matanzas), Pancho Calzadilla; Bustamante (viepo y bravo marino); Torroella Plazaola (marino y caricaturista); Gabrielito Cárdenas, Gustavo Rodríguez, Ramón Fonst, Periquito García Vegas, el célebre Capitán Arias, Manuel de la Maza Arredondo, Quiço Varona y del Castillo, Ramón O'Farrill, Virgilio Villalta, Ramoncito Beltrán, Antonio Estévez, Panchito Tabernilla, Mario DucassiW Diderico Peterson, Wifredo Díaz (muerto trágicamente en Songo, cuando la revolución de febrero de 1917); Aurelio Díaz, Pío Alonso, José A. Bernal, José María Lezama, Luis Loret de Mola, Sardiñas, Jorge Vila, Enrique Quiñoles, Pablito Moliner, Pancho Chomat, Fernando Company, José R. Campiña, René rieto, Aniceto Sosa, Rosendo Collazo, Eduardo Puyol, Miguel de Varona, los Rodríguez Siegler, Enrique Machado, Américo Mirando, Martínez de la Peña, Domingo del Monte II, Martell (teniente de la Policía Nacional, que pereció en un naufragio); y terminaré recordando la apuesta figura del Coronel Médico Don José Perecha, que seguramente leerá estas páginas de hoy.

En mi próxima crónica daré otros datos sobre ese rincón habanero que tanto queremos los que gozamos de sus establecimientos, peñas e inolvidables concurrentes.

Yuf at 6/47

